

"Cinco horas con Mario", al teatro

LA PEQUEÑA BURGUESÍA DEL FRANQUISMO

JOSE MONLEON

TEXTO de Miguel Delibes y dirección de Josefina Molina. Dos nombres sobradamente conocidos en el campo de la novela y de la televisión, que ahora se unen sobre un escenario madrileño. Texto: "Cinco horas con Mario", conce-

civil y abarca todos los años del franquismo. Los temas, las ideas, las preocupaciones, los juicios, las palabras de Mari Carmen Sotillo no dejan lugar a dudas. Y el talento de Miguel Delibes está en haber satirizado el personaje sin modificar lo más mínimo los rasgos que lo hacen reconocible y próximo. Para la derecha, es casi un personaje ejemplar. Para Delibes también lo es, pero tomada la palabra en otro sentido.

Esta lealtad del autor al modelo social llega al punto de que la inmensa mayoría de las espectadoras se reconozcan en el personaje sin advertir la ironía del autor. El efecto es, en cierto modo, sorprendente. Porque choca que se pase tan bien ante ese retrato. Lo que nos lleva a la vieja consideración de que todo lo cotidiano, por injusto o absurdo que sea, nos parece natural. Así debe



Josefina Molina.



Lola Herrera.

como un monólogo de la viuda junto al cadáver del marido, evocando determinados aspectos de la vida en común. De hecho, aparte del hijo, que aparece sólo al final de la función, se trata de un drama de dos personajes, uno presente, María del Carmen Sotillo, la viuda, y el otro, presente también, pero difunto, revivido por la evocación.

La viuda resume a la perfección una mentalidad y un tipo de vida: pequeña burguesía adicta al franquismo. De manera que el anecdótico personal se mezcla con ciertos rasgos de significación histórica. No es sólo la vida de Mario y Mari Carmen lo que asoma, sino los trazos de una época, que empieza en la guerra



Miguel Delibes.

de ocurrir en este caso. Y sólo eso podría explicar el que los espectadores se slantan felices y entiendan perfectamente a esta Mari Carmen Sotillo, ejemplo de la frustración y de la incompreensión conyugal. Los términos en que la viuda recuerda las actividades literarias del marido, la mezcla de menosprecio e ignorancia de que hace gala, es para ocharse a temblar. Como lo es la recriminación al marido por su escaso entusiasmo sexual y el recuento de los galanes que —bien entendido, "nunca consiguieron nada"— la desearon físicamente.

María del Carmen, esposa, abnegada, víctima, tonta y señorita, es, en fin, un retrato social, trazado por una especie de Benavente de izquierdas, en el sentido de halagar a la modelo y, bajo cuerda, zaherirlo. Los temas benaventinos —¡ah, las pobres mujeres, cuánta incompreensión masculina deben soportar!— están ahí, pero Delibes introduce las suficientes claves ideológicas para desmontar el prototipo, siempre, claro, que el espectador o la espectadora no se identifique con él hasta el punto de no discernir su profundo carácter reaccionario.

La intérprete básica de la obra es Lola Herrera, aunque merezca

citarse, pese a la brevedad epilodal de su intervención, a Jorge de Juan, en el hijo. El joven actor se aplica al personaje con una verdad orgánica, con una sencillez, sorprendentes. Muy distinto es el caso de Lola Herrera, a quien Josefina Molina ha marcado una línea brillante, sin pausas —nadie cree en la supuesta presencia del cadáver—, como si temiera que cualquier silencio crease el vacío. La actriz mantiene ese ritmo de principio a fin, con notable eficacia, sin descomponerse jamás. Queda simplemente en pie la duda de saber si esa "composición" permanente es un elemento más del personaje o una limitación del trabajo. Aunque pienso yo que en ese tono "benaventino" de la actuación estaría una de las causas principales de la aparente inocuidad del texto, con independencia de que la directora intentara subrayar la contradicción entre el sentido de las palabras y el modo banal de enunciarlas.

La adaptación al teatro del texto de Delibes la firman Santiago Paredes y la propia Josefina Molina. No han violentado el original y le han dado una medida dramática. Si predomina el ingenio sobre el drama, creo que se debe a la concepción escénica del personaje. ■